

## ¿QUE PODEMOS HACER? (\*)

POR

JAVIER URCELAY ALONSO

A fuerza de trallazos de la Revolución, comenzamos en estos días los españoles a tener conciencia de la necesidad de actuar. Y es que es una ley de la Providencia: nos apartamos del deber impuesto por la naturaleza y por Dios, su autor, y las propias consecuencias de nuestro incumplimiento nos fuerzan a volver a su ejercicio.

Hoy, con más razón que ayer, cabe pues afirmar con Pío XII que "es la hora de la acción", de una terapéutica eficaz que restaure al hombre y a la sociedad en sus fundamentos naturales y divinos. Hay que actuar, pero... ¿qué podemos hacer?

### Ley de las minorías selectas

La primera ley táctica se refiere al poder e influencia de las minorías selectas en el gobierno y orientación de las sociedades.

"Únicamente la élite —ha dicho Paul Bourget— es apta para conducir a los hombres". Ya antes de la Sagrada Escritura había puesto en boca de Judas Macabeo la afirmación de que "no está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra" (1).

---

(\*) Para realizar este foro hemos seguido muy de cerca —incluso textualmente— algunas de las ideas expuestas por el padre Ayala S. J. en su libro «Formación de Selectos», Sociedad de Educación Atenas, S. A. Madrid, 1940.

Las ideas del padre Ayala para la formación de minorías siguen teniendo plena vigencia y un valor indiscutible, con absoluta independencia de los, a nuestro juicio, equivocados derroteros seguidos luego por la obra apostólica creada por él.

(1) I. Mac. 3, 19.

La implantación del Cristianismo en el vasto Imperio Romano, por ejemplo, fue obra de una minoría: doce apóstoles se repartieron el mundo para su conquista, y ya a la mitad del siglo III pudo Tertuliano encararse con los Césares para decirles: "Somos de ayer y lo hemos llenado todo, las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, los cuarteles y campamentos, los tribunales, el palacio, el senado, el foro; sólo os hemos dejado los templos" (2).

Y en ejemplos mucho más cercanos a nosotros, basta analizar con cierto detalle fenómenos de tanta envergadura como el progresismo religioso o el llamado movimiento de liberación femenina para comprobar como, al menos en sus orígenes, lejos de ser el resultado de la espontánea evolución de la Sociedad, estas corrientes son fruto de la tenaz y calculada acción de unas minorías bien instruidas y organizadas, capaces de crear auténticos estados de opinión.

Poder de las minorías que lo mismo es piquete demoleedor en manos de los revolucionarios que levadura que en manos de los católicos eleva y tonifica.

Educar selectos es pues el problema fundamental del mundo. Si un pueblo tiene buenos gobernantes será un gran pueblo. No hay —repetía Napoleón— malos regimientos, sino únicamente malos coroneles.

### Hombres formados y de acción

El modo de conquistar —reconquistar— la sociedad, no es comenzar por muchos, sino por pocos, un núcleo selecto, ignorado, reducido, lleno de espíritu y de actividad, de optimismo. Poco a poco ese núcleo se extenderá a otros hombres que sientan esa misma vocación de caridad política. Al cabo de algunos años aquél círculo primigenio habrá extendido su radio de acción y se contará con un grupo de hombres formados, orgánicamente enraizados, batallando en cada parcela de la sociedad por el imperio de los principios católicos en todos los órdenes de la vida, tanto pública como privada.

---

(2) *Apologeticón*, cap. XXXVIII.

¡Hombres católicos, no sólo teóricos sino prácticos, activos, capacitados, confiados en la Providencia, de vida sobrenatural intensa: esos son los verdaderos salvadores de la sociedad!

Como afirma Jean Beaucaudray en su artículo sobre el papel de los animadores en la Ciudad Católica (3), no es doctrina ni ideas lo que nos falta. Hay muchos pensadores eminentes en nuestras filas... Lo que nos falta es "un justo sentido de la responsabilidad política por vía de las responsabilidades personales: familia, escuela, empresa, universidad, municipios etc."

Necesitamos más que sabios, apóstoles; más que doctrina, organizaciones de distinta naturaleza; más que discursos, dirigentes sociales. En España son pocos los hombres de acción, pero son muchos menos los que saben dirigir. Si hubiera más que dirigieran bien, habría muchísimos más que actuarían, multiplicándose su influencia.

Y es que hay más valientes para la guerra cruenta que para la de las ideas. En la guerra da valor el riesgo personal y el ejemplo, hasta la propia sangre vertida y la muerte; en la lucha moral y doctrinal son enemigos el respeto humano y los intereses creados. Para la guerra de sangre basta el coraje; para la de las ideas se necesita una justa valoración de los resultados que depende del criterio moral y de la intensidad de la vida espiritual. Por eso hay tanto católico cobarde.

... Formación y acción, en mutua interpenetración, ese debe ser nuestro santo y seña. Como dijo Lenin "la teoría sin la práctica es estéril; la práctica sin la teoría es ciega". Nos espera la tarea de volver a meter en las entrañas del pueblo el Derecho Público Cristiano, y eso no se hace a tiros ni con improvisaciones, sino catequizando, enseñando, formando, haciendo —ésta es la acción— que el espíritu de esa minoría de hombres sólidamente formados, penetre y vivifique de manera duradera todo el cuerpo social.

---

(3) núm. 155-156 de Verbo.

### Ley de la supremacía de las ideas

Es una verdad axiomática que el triunfo duradero y estable de un ideal ha de producirse no por la fuerza, sino por la persuasión, por la fuerza penetrativa y conquistadora de la idea, que poco a poco se adueña de las inteligencias y gana las voluntades. Hoy, como siempre, son las ideas las que gobiernan el mundo. La lucha, más que en el terreno superficial de los hechos, se ventila en el campo invisible de las ideas. Como explicaba el cardenal Segura (4), "siempre será verdad que el pensamiento manda. A la etapa puramente intelectual de la idea sigue siempre el período de proselitismo y, si con él se conquista una porción considerable de las masas, la idea encuentra fácil acceso al poder político".

Ya en el siglo pasado Balmes había escrito: "Los pueblos no viven sólo de pan, viven también de ideas, de máximas que, convertidas en jugo, o les comunican grandeza, vigor y lozanía, o les debilitan, los postran, los condenan a la nulidad y al empobrecimiento" (5).

Recordemos también la famosa frase de Federico Le Play: "El error, más que el vicio, es quien pierde a las naciones".

Por eso, toda reforma verdadera ha de pasar por la búsqueda incesante de la verdad y su difusión al mayor número de hombres.

"El Cristianismo —explica Balmes en otro lugar de su libro— ha partido siempre del principio de que el primer paso para apoderarse de todo el hombre es apoderarse de su entendimiento, que cuando se trata de extirpar un mal o producir un bien, es necesario tomar por blanco principal las ideas" (6).

"La primera fuerza —sigue más adelante— que desplegó el Cristianismo en el ataque contra el Paganismo, fue la fuerza de las ideas".

Cuando "El espíritu de las leyes" de Montesquieu, el "Diccionario filosófico" de Voltaire y el "Contrato Social" del misán-

---

(4) Carta pastoral *Horas graves*.

(5) *El Protestantismo*, t. I, cap. XI.

(6) *Id.*, t. I, cap. XIV.

tropo y seudofilósofo ginebrino salieron de las imprentas, pocos podían preveer que las ideas en ellos contenidas habían de ser el agente principal de la Revolución francesa.

Otro libro, en el siglo XIX, "El Capital", explica y contiene en germen toda esa convulsión histórica que es el comunismo.

Nuestra funesta "Institución Libre de Enseñanza", con toda la extensa y complicada red de obras por ella creadas e inspiradas, no fue en sus comienzos más que un modesto círculo filosófico que se reunía en casa de Sanz del Río.

Las historia de nuestros días no ha hecho sino seguir verificando aquella frase escrita por Pemán hace ya muchos años: "En definitiva son siempre manos pulcras de escritores y catedráticos las que cargan los fusiles de la Revolución" (7).

... Supremacía de las ideas ... Es necesario predicar y repetir mucho que las ideas no mueren; las cárceles, las persecuciones, la simple represión nada pueden contra ellas. Las ideas tienen un formidable poder. Las ideas —no la voluntad ni los sentidos— son las que mandan en los pueblos. Es muy cierta la frase de Rivarol: "No se tira con fusil a las ideas", similar a esa otra que se atribuye a Napoleón: "A las ideas no se las mata a cañonazos".

Cuando la idea ha bajado de la región fría del cerebro y ha recibido el calor del corazón y se ha asimilado bien, identificándose con la propia personalidad, su fuerza se hace invencible, no se la puede encerrar ni menos ahogar por la violencia; solamente por otra idea antípoda puede ser eficazmente combatida.

Pero para que nuestra idea sea capaz de conquistar, es necesario que no sea sólo un anti, una pura negación. Debe tener contenido afirmativo, capaz de ser plasmado en hechos, en realidad tangible.

Predicar contra el socialismo condenándolo de mil maneras y llamando cosas feas a sus secuaces es cosa fácil, pero es perfectamente inútil, es azotar el aire. Ni al socialismo ni a ninguna otra ideología revolucionaria se la vence con anatemas e improperios, sino —como enseñó Benedicto XV— "contraponiendo escuela a escuela, periódicos y revistas a periódicos y revistas, conferencias

---

(7) *El Noticiero* de Zaragoza, 8-IX-1937.

a conferencias, para impedir que la mala semilla del error fructifique y para ahogar el mal con la abundancia de bien" (8).

Hay que estudiar, teología, filosofía, el magisterio pontificio, las áreas particulares de nuestra especialidad... Como dijo el Cardenal Mercier "el prestigio científico es hoy por hoy la forma más impresionante de apología del Cristianismo" (9).

El estudio ilustra y fortalece y es necesario para la acción. Antes de obrar es preciso saber lo que se quiere hacer: "Tened cuidado —recomendaba Pío X a los sacerdotes— de preparar por largo tiempo vuestras armas y de ponderar en la serenidad del reposo los grandes tesoros de la doctrina". La educación del pueblo está en marcha y si no se la damos nosotros se la darán contra nosotros. Urge pues, la formación en todas las capas y estratos de la sociedad de núcleos conscientes y cada vez más numerosos, capaces de obrar y de propagar las ideas restauradoras.

La acción que se dirige a formar hombres es el modo superior y más eficaz de actuación. Influir formando jefes es influir sobre todos aquellos a los que se extenderá su acción. San Ignacio de Loyola no estuvo en la India convirtiendo infieles, pero educó a San Francisco Javier y le dio espíritu para convertir y bautizar más de un millón de gentiles.

El gran pensamiento de nuestros antiguos colegios mayores de Alcalá, Salamanca y Valladolid fue precisamente ese: formar directores para poner en sus manos la dirección de los destinos de España. Eran poquísimos y selectísimos, pero ocuparon la mayoría de los altos puestos de la nación, lo mismo en la Iglesia que en la Magistratura, la política y la enseñanza.

### Células y Círculos de estudios

Los comunistas son viejos expertos en la formación de líderes. Evidentemente sus técnicas son frecuentemente de tal índole que debemos rechazarlas. Pero acordémonos de la respuesta del

---

(8) Discurso sobre San Roberto Belarmino

(9) Retiros a mis sacerdotes.

general Booth, fundador del Ejército de la Salvación, a los que se extrañaban de oír al coro del Ejército de Salvación cantar sus cánticos con ritmo de danzas populares: "No sé por qué han de estar siempre las mejores melodías al servicio del diablo". Y es que efectivamente no hay ninguna razón por la que debamos abandonar al diablo el monopolio de las mejores técnicas.

En todas partes los comunistas insisten en la enorme importancia del trabajo en células constituidas como círculos de estudios, auténtico semillero de futuros jefes a los que se les asegura una sólida formación, facilitada por el número reducido de los que forman el grupo al que hay que instruir.

El método de trabajo en células se inspira en dos principios básicos:

1. La célula no tiene por fin hacer sabios sino formar el espíritu y encauzar el juicio, al tiempo que se forjan caracteres templados para el trabajo en común.
2. Como no se concibe una verdad que no se difunda, la célula debe volcarse a la conquista de nuevos hombres en cualquier circunstancia de la vida.

Su sistema de trabajo viene a ser algo así como *Ver*, es decir, exponer unos hechos; *Juzgar*, es decir, pensar sobre ellos y hacer su crítica; y *Obrar*, es decir, sacar resoluciones prácticas y notas para la acción.

La formación intelectual, con ser importante en las células, no es sin embargo su principal razón de ser. Las células deben ser ante todo escuelas de hombres de acción. No se trata de adquirir conocimientos sublimes, sino una formación básica para la acción que nos permita influir en esa parcela de sociedad en la que tenemos responsabilidad: la empresa, el barrio, la facultad, la parroquia...

### Ley de la homogeneidad

No hay acción social verdaderamente fecunda más que la que se basa en la competencia indiscutible en la situación que se ocupa, es decir, la que es homogénea con el medio. A ello se refería

Pío XI cuando decía que "los primeros y más inmediatos apóstoles de los obreros han de ser los obreros; los apóstoles del mundo industrial y comercial, industriales y comerciantes", lo que no viene a ser otra cosa que la traducción moderna de la aguda observación psicológica de Cicerón: *Pares cum paribus facile congregantur*.

Cada militante católico tiene un campo propio: el estudiante, la Universidad; el obrero, el taller y el sindicato; el empleado, las oficinas; el hombre de negocios, los círculos mercantiles; el vecino, el municipio. En ese campo propio es donde su acción logrará más eficacia porque lo conoce mejor y por consiguiente gozará de mayor autoridad en el tema.

\* \* \*

Hemos visto las leyes de oro de la acción. Pero no basta su fría puesta en práctica para alcanzar nuestros objetivos. La acción verdaderamente contrarrevolucionaria requiere, además, un conjunto de actitudes en el que la ejercita:

I. En primer lugar requiere visión trascendente y sobrenatural de la lucha.

Hay una audacia cristiana que no repara en la desproporción entre los medios y el fin porque cuenta siempre con el poder de Dios y de su gracia, implorado mediante la oración. "No se salvará un pueblo de las garras de la Revolución antirreligiosa —afirmaba el padre Ayala— mientras no se haya afirmado en él la conciencia de que ir a la cárcel por un ideal noble, aunque humano, es digno de loa; e ir a la cárcel por Jesucristo es don tan alto, que no hay católico que lo merezca."

No se pide a todo hombre de acción, dedicado a la restauración de la Ciudad Católica que sea un héroe o un santo, pero sí que no tenga un ánimo tan apocado ni tan prudente que mida con exactitud matemática la proporción entre los medios y el fin.

Hay que tener una gran confianza en la providencia y un convencimiento profundo de lo que puede un hombre que confía en ella. Lo cual no quiere decir, claro está, que debemos confiar en



la eficacia de los medios sobrenaturales cuando debiendo usar adecuadamente los medios naturales no lo hacemos porque nos cuestan más. Si yo, en vez de ganarme el pan nuestro de cada día con el sudor de mi frente, conforme al mandato divino, me siento en el comedor de mi casa y me paso las horas muertas diciendo: "El pan nuestro de cada día, dánosle hoy", es evidente que Dios no me lo dará.

En la acción pasa lo mismo.

II. En el segundo lugar se precisan audacia y acometividad.

En el régimen democrático la opinión pública lo es todo. Los gobiernos necesitan a veces las reclamaciones y protestas de la sociedad o para fortalecer con ellas su debilidad o para cambiar de rumbo cuando las dos posturas están en contradicción. Cuando, como en España, la opinión católica es a pesar de todo todavía poderosa, no aprovecharla es inconsciencia. Y ello por todos los medios moralmente lícitos, que algunas veces pueden incluso ser más amplios que los legalmente permitidos. Hemos de actuar en la legalidad, por supuesto, pero conscientes de que en ocasiones no convendrá entretenerse demasiado en esta consideración. "¿Qué legalidad era posible en la República?" —pregunta el padre Ayaña. "Se quería usar de la legalidad de la prensa y se suspendía la prensa; se quería usar de la legalidad del mitin y se suspendía el mitin; se quería usar de la legalidad para repartir hojas de propaganda y se encarcelaba a quien las repartía..."

III. La tercera actitud necesaria es la de resistencia, la actitud de no ceder. Ceder es peor que callar porque es abandonar el campo. No debemos ceder ni un ápice de nuestros derechos, ni un ápice en los hechos. Sólo se puede y se debe ceder cuando lo mande la Iglesia; si no, nó. Y la Iglesia muchas veces no cedería si nosotros defendiésemos valerosamente esa posición.

No debemos ceder porque el terreno que se abandona se reconquista con gran dificultad. Ceder es además dar muestras de debilidad y nada envalentona más a la Revolución.

Su comportamiento es similar al de los alumnos de un colegio que estrenasen profesor. Inmediatamente se pone en marcha un

sistema de sondeos y exploraciones. Desgraciado el profesor que cede. Uno de los alumnos dice una palabrita al vecino y todos observan el efecto que causa en el enemigo común. Si no dice nada pronto se pondrán a hablar varias parejas. Si aún calla, en pocos minutos estallará el zafarrancho y en poco tiempo más habrá comenzado una auténtica batalla campal, con bolas de papel por los aires, ruidos de todo tipo etc.

Así también en el orden social, cuando los gobiernos son débiles, la sociedad está perdida. Las revoluciones modernas no las hacen los pueblos enérgicos, sino los Gobiernos débiles. Si la Autoridad cede, la Revolución avanza. Si la Autoridad procede con energía, La Revolución cede.

En la lucha contrarrevolucionaria resignarse es dar aliento al enemigo para que multiplique los golpes. ¿Hay leyes?, pues exigir que se cumplan, y si no usar todos los medios morales y físicos que conceden las leyes divinas y humanas. Todo menos callar y aguantarse para no dar aire al incendio. Es decir, todo menos creer que el incendio crece si se echa agua a las llamas y se apaga si no se echa.

IV. La cuarta actitud se refiere a la voluntad de actuar en conjunto, de acoplar las fuerzas, de unificar criterios, voluntades y esfuerzos, de organizarse. La contrarrevolución no es empresa de guerrilleros ni de francotiradores.

Como señalaba Balmes "la asociación no sólo suma, sino que multiplica la eficacia".

Las ventajas de la unión en el terreno de la acción son evidentes, y ello en todos los órdenes de la vida. Por la unión se robustece la fe, se obtiene fuerza social y ayuda recíproca, se enriquece la doctrina, se gana prestigio y, a través de todo ello, se ganan nuevos adeptos.

La unión de los iguales, y aún de los afines, no se logrará sin embargo más que por la acción. Proponemos a los sectores que deseen la unión que callen y no hablen del tema. Que trabajen, que organicen, que formen hombres, que funden periódicos y locales, y, sobre todo, que ataquen al enemigo común. ¡Y ya está la

unión!, porque esos sectores se llevarán tras de sí a las multitudes, hartas de fantasías y hambrientas de realidades y de actuación. Y los que no actúen así, se quedarán con sus grandes construcciones doctrinales, pero sin el pueblo y, lo que es peor, sin muchos de sus propios partidarios, perdiendo definitivamente nuestros ideales toda viabilidad histórica.

Cuanto menos trabajemos, más lejos estaremos de la unión, porque quien no combate es que no le importa su ideal, o lo considera fracasado, o lo quiere conseguir sólo a fuerza de tertulias.

Si de dos jefes el uno actúa y el otro sólo teoriza sobre la acción, nunca se entenderán, porque el uno vivirá en la realidad y el otro en las nubes. Si dos jefes actúan intensamente, como el trabajo aguza el sentido de la realidad, llegarán, por lo menos, a aceptar ciertas conclusiones de interés común. Si el uno actúa con éxito y el otro fracasa, éste se sentirá inclinado a abandonar su táctica y seguir la del que logra el éxito. Actuar, por consiguiente, es el mejor camino para la unión.

El individualismo, el desaliento, la desconfianza y el recelo desaparecerán el día en que seamos capaces entre todos de alumbrar una gran estrategia de acción contrarrevolucionaria y nos pongamos con entusiasmo a llevarla a la práctica. Es preciso trabajar en esa unión que como dijera el cardenal Gibbons, es la fuerza del mundo físico, moral y social.

Esta unión indispensable en lo esencial, no excluye sin embargo la variedad en lo accesorio.

La unidad de orientación y el sometimiento a ella de todas las fuerzas que persiguen un mismo fin sustancial no puede llevarnos a la proclamación de un frente único monolítico y absurdo. Se trata de adoptar una dirección única, no de la fusión de todas las organizaciones en una sola que tenga un modo idéntico de obrar. Un ejército puede guardar el frente único sin necesidad de uniformar los diversos cuerpos militares en uno solo. Suprimir la caballería, la infantería, la artillería, para crear un solo cuerpo no es un frente único, sino una aberración o un imposible.

“¡Bueno sería, comenta elocuentemente el padre Ayala, que para

dar unidad de acción al apostolado de las Ordenes Religiosas, comenzáramos por suprimir a los Dominicos, Franciscanos, Jesuitas y Cartujos y hacer que todos tuvieran el mismo hábito, las mismas reglas, los mismos medios de acción! La variedad admirable de las Ordenes religiosas no sólo no se opone al fin común, sino que es necesaria para obtenerlo". Esta misma variedad es necesaria en la acción cívica y política que debe responder a la variedad de necesidades de la sociedad y de las aptitudes, vocaciones y hasta temperamento de los distintos hombres.

Unidad y variedad, pero, insisto, unidad, tampoco solo variedad. Porque sólo siguiendo la misma dirección sustancial y el mismo espíritu, estando dispuestos para los distintos actos de conjunto podemos tener éxito y alcanzar nuestros objetivos.

V. Y enlazamos así con la última de las actitudes con las que es necesario afrontar la acción, que no es otra que la importancia de perseguir el triunfo, de buscar el éxito en nuestro trabajo.

Existe en muchos una especie de indiferencia estoica con respecto al resultado de las obras que está muy lejos de ser resignación cristiana. Se dice: "sea o no sea grande el fruto de mi trabajo, es igual, haciendo yo lo que buenamente esté de mi parte". No estamos conformes. Si perdemos el fruto, argumenta una vez más el padre Ayala, el mérito para mí será igual o no, dependiendo de mi resignación o insensibilidad; pero para los demás no será igual.

En el orden humano a nadie le es indiferente el éxito. Un empresario que trabajando no puede evitar que su empresa quiebre, sentirá una profunda preocupación y tristeza, y ello aunque sea un santo y ante Dios merezca igual o más con la quiebra que sin ella. ¿Por qué? Porque se está jugando el porvenir de sus hijos.

Somos nosotros los primeros que defendemos la importancia de una ordenación natural y cristiana de la sociedad para el bien transcendente de los hombres en la otra vida. A toda costa pues ha de buscarse el éxito de nuestro trabajo, por Dios y por el bien del prójimo; no por nuestro mérito, sino para incrementar los intereses divinos.

Y si no probablemente no haremos nada de provecho, ¡Es tan fácil consolarse con la idea de que al fin y al cabo nosotros tenemos el mismo mérito delante de Dios!

\* \* \*

Hemos comenzado hablando de la fuerza de las ideas, de la formación de esa élite de hombres indispensables para la restauración del orden social cristiano, y hemos visto como esa formación, pura potencia, necesita complementarse con la fecundidad de la acción.

De una acción, y en eso quería volver a insistir, que va precedida por la reflexión, es decir, que es hija de un plan, de una estrategia y una metodología adoptadas por la inteligencia como las más adecuadas y continuamente revisada al contacto estrecho con la realidad.

«Plan —explica el padre Ayala en su libro "Formación de Seleccionados"— es un orden preconcebido para la consecución de un fin». De su misma definición se desprende la gran dificultad que tiene para nosotros, los españoles. Un orden preconcebido significa un estudio maduro de lo que hemos de hacer y eso es un esfuerzo ingente para nuestro carácter impetuoso y aventurero. Significa, además, una sujeción de nuestro espíritu a normas fijas, a las que hay que atenerse para la acción.

El plan exige reflexión y sacrificio, virtudes de las que no andamos sobrados los españoles. Entre nosotros siempre serán excepciones las personas que planten pinares para sus nietos. Hacemos al revés, talamos los que nos legaron nuestros padres, aunque los hijos se queden a la intemperie. No es sólo falta de previsión, es que no queremos sacrificarnos.

El plan comprende un fin, unos medios, dificultades y modos de resolverlos. A él se opone la improvisación, que es todo esto mismo pero sin tiempo de meditar y, por consiguiente, abocado al fracaso, o por lo menos, con un resultado peor del que cabía esperar. La eficacia del plan, de la organización, consiste en hacer que todas las fuerzas converjan hacia un mismo objetivo, centuplicándose así la resultante. La pólvora diseminada en granos dispersos, no sirve

para nada; encerrados en una cápsula con bala de cañón, son de una eficacia incalculable.

Pero el plan no basta. Hacen falta también los medios para ponerlo en práctica. A un niño le regalan un jilguero; lo besa, lo acaricia, lo echa a volar y por fin lo mete en una jaula y no se cansa de verle saltar de un palo a otro. A la mañana siguiente, nada más levantarse, va el niño a ver a su compañero y, ¡oh dolor!, lo encuentra muerto en un rincón de la jaula. Llora el niño sin consuelo y se queja a su mamá de que el gato lo ha matado. ¡Inocente! ¿Sabéis por qué murió? ¡Porque no lo echaron de comer!

Todos los días mueren iniciativas que pudieran dar magníficos resultados porque no se las dieron los medios indispensables de vida: directores aptos, colaboradores con espíritu de sacrificio, posibilidades materiales... Es decir, les faltó el alpiste del jilguero. Muchos de nuestros planes quedan en la cuneta no porque no estuvieran bien diseñados, que lo suelen estar y algunos mucho, sino porque en vez de disponer para su realización los medios adecuados, hemos pedido sencillamente milagros: prensa sin dinero, empresas editoriales sin técnicos de marketing, ejércitos sin armas, círculos juveniles sin locales donde reunirse...

Los medios son innumerables: los periódicos y revistas, los artículos, hojas de propaganda e imprentas, bibliotecas, el teléfono, un local bien equipado, el cine, el teatro, la radio y la televisión, una pequeña o gran empresa, las grabaciones discográficas, un club deportivo... "Lo peor, señala Jean Beaucoudray, es la inercia de los buenos. Tienen medios y no los utilizan para lo esencial: El combate cristiano cívico y político". La derecha católica española tiene medios sobrados en su poder, pero demasiado egoísmo, miopía y miedo de utilizarlos. De todo ello, si nos atenemos a la parábola de los talentos, algún día se nos pedirá cuenta. Nos creímos propietarios cuando éramos simples administradores para mayor gloria de Dios. Demasiadas veces nuestros adversarios nos combaten con formidables instrumentos de propaganda moderna y nosotros queremos salir a su encuentro armados de flechas y catapultas.

Entre todos los medios, sobre uno es necesario insistir: las posibilidades económicas de la acción contrarrevolucionaria. Es asunto

fundamentalísimo. Una acción sin dinero es como una guerra sin dinero. No puede ser. Sin dinero no hay armas, no hay municiones, no hay barcos, no hay aviones, no hay hombres. Sin dinero no es posible esa acción de restauración que debe comprender, desde Universidades Católicas y libres, hasta el colegio confesional, desde los grandes periódicos hasta las hojas volantes, desde las asociaciones profesionales a las células de trabajo y círculos estudiantiles.

Aunque esta idea es evidente de suyo, creo conveniente insistir para evitar el sofisma de reconocer la necesidad de la acción contrarrevolucionaria y al tiempo la no necesidad de cooperar económicamente con ella.

Hay que educar a todos, a los altos y a los bajos, para que colaboren; a los primeros para que den conforme a su fortuna; a los segundos para que ninguno se exima del deber de cooperar. No se ha de reunir lo necesario para nuestras obras con pocos muchos, sino con muchos pocos. Los ricos frecuentemente dan no para lo más necesario sino para lo que va más acorde con su iniciativa y como, aunque Dios les da dinero, no por eso les da necesariamente talento, resulta que a veces, las empresas favorecidas son inútiles o son fracasos.

Entre todas las señales de cristiandad, ninguna más segura que la del sacrificio, y entre todas las muestras de sacrificio, ninguna más elocuente que la del dinero. Un católico reza, va a Misa, es muy de derechas; muy bien. Pero si ese mismo católico no se sacrifica ni trabajando por la Iglesia, ni defendiéndola, ni dando parte de su dinero y su tiempo, no será más que un católico de oropel. El católico de verdad lucha dando la cara por Cristo, y sobre todo, dando generosamente su dinero, no porque le sobre, que aún así cuesta mucho, sino con verdadero sacrificio, con arreglo a sus posibilidades.

Formación de minorías, estrategia para la acción, medios instrumentales... Finalmente consideraremos cual es la naturaleza y ámbito de acción católica y contrarrevolucionaria que propugnamos en orden a la reimplantación de los postulados del Derecho Público Cristiano.

«Nuestra tarea —escribe Juan Vallet de Goytisolo en su opús-

culo "Qué somos y cuál es nuestra tarea"— no es una acción política concreta. Consiste, como la de nuestros maestros y amigos del Office, en realizar una labor auxiliar, lo más profunda posible, para la restauración del tejido social y político, en todos sus niveles, desde la misma raíz y bases.

Es pues una acción de naturaleza cívica y política entendida ésta no como política de partido, sino en el sentido etimológico de la palabra; referida a la "polis", o sea a procurar el bien de todos, el bien común. En ese sentido, la política no es solo un derecho, sino la más elevada expresión de la caridad, un deber inalienable de la Iglesia y de todos los ciudadanos, de los católicos más que de nadie, porque están obligados por la ley natural y evangélica al bien común que la filosofía natural y la católica les señala como fin de la sociedad.

Condenar la política en bloque, sin distinguir al menos entre la política ruin de partidos y lo que Pío XI llamaba "la alta política", es desconocer que todo ciudadano está obligado en conciencia a mirar por los intereses de la Patria, en que entran desde la defensa de la Religión y de la familia hasta la de la propiedad y los legítimos intereses materiales; obligación que se agrava en esta época en que la política rastrera lo ha invadido todo: la conciencia, la escuela, el hogar, la hacienda, la libertad, todo.

La Iglesia ve el mal y quiere, en cuanto está de su parte, cortar el exceso de política que nace de la pasión, no el uso de la política, que nace de la absoluta necesidad.

La acción política, así referida al supremo interés nacional, corona y presupone una acción que se desenvuelve fundamentalmente en el ámbito de lo social, de los cuerpos naturales y los distintos estamentos que configuran la soberanía social en la organización tradicional de la sociedad: la Universidad y la enseñanza, la empresa y el mundo laboral (incuyendo los sindicatos obreros católicos), el barrio y el municipio, la acción familiar, las asociaciones de todo tipo, culturales, recreativas, deportivas, etc.

Entre todas estas tareas pendientes querría hacer hincapié antes de acabar en dos de ellas que me parecen piedra angular del Orden Social que propugnamos: la Universidad y la Parroquia.



a) *La Universidad.*—y por extensión todos los centros de enseñanza Superior y media— porque es la institución por excelencia formadora de la juventud. Mientras en España carezcamos de una Universidad Católica, será imposible que haya entre nosotros una generación de jóvenes integralmente formados en los principios católicos, e imposible la creación del pensamiento nacional, uno de los problemas vitales de la Nación.

Entre la conquista por oposición de las cátedras de la Universidad estatal y la Universidad Católica independiente, nosotros nos declaramos resueltamente por la creación de nuestra propia Universidad, que habrá de surgir de las entrañas mismas de la sociedad, recogiendo todas las iniciativas y todos los centros existentes que espontáneamente han ido creándose.

No faltará dinero para eso. Lo que podría faltar es la conciencia colectiva de la necesidad de esta obra, la primera y más fundamental de la Iglesia; por eso la conciencia de los Católicos no se ha canalizado en ese sentido.

En cuanto a los colegios, la fundación de colegios católicos de buena línea es una labor fundamental. Frente a la tiranía del Estado Socialista, que quiere imponer su pretexto de gratuidad la escuela única, privando a los padres del derecho de abrir escuelas y de mandar a sus hijos a las que quieran, hay que levantar la bandera de la libertad de enseñanza.

Todas estas labores competen a los estudiantes católicos; su misión es actuar en la Universidad y en los colegios, defender la enseñanza católica, formar núcleos activos para la difusión de la doctrina, orientar el criterio del resto de sus compañeros, contrarrestar dentro de los claustros universitarios el influjo de los grupos revolucionarios con una fuerza organizada, estudiar y defender los intereses legítimos de los estudiantes y de las respectivas carreras.

b) La otra tarea primordial sobre la que quería insistir es la revitalización de la *Parroquia*, abandonada en tantos casos por los buenos católicos ante la transmutación progresista de la mayoría de ellas. Hemos recurrido en un grave error táctico que indirectamente ha contribuido a la expansión y fortalecimiento del progresismo. Abandonando la parroquia hemos, por una parte, abandonado a muchos

sacerdotes que hubieran resistido caso de verse rodeados de un grupo de seglares formados y dispuestos a colaborar, y por otra hemos dejado el camino expédito para la implantación de las tendencias filoprotestantes en una institución de tanta trascendencia en la vida de la Iglesia y de la sociedad como es la Parroquia.

La huida de la parroquia en los últimos años ha desplazado la piedad y la acción de lo que en muchos casos debería ser su centro de gravedad y su eje natural de sustentación. Es lógico que esta anomalía esté dando sus frutos, y bien amargos. "No puede ser bueno —señalaba hace tiempo ya don Florencio Jardiel— vivir alejados de lo que es, por divina disposición, el centro de nuestra vida espiritual. Es un desorden ser indiferentes a lo que quiso la divina voluntad que fuera medio de santificación para las almas".

Este mismo pensamiento manifestaba San Pío X al final de su vida cuando decía que la verdadera estrategia, la más eficaz, consistía en la formación de minorías selectas encuadradas en el marco de la parroquia.

Alejarse de la parroquia y cederla sin puja al progresismo ha sido un error táctico. Un error que debemos enmendar aprovechando el viento de reencuentro con la mejor tradición católica que ha traído a la Iglesia el pontificado de Juan Pablo II, pues como decía Benedicto XV "es preciso reconocer prácticamente que la vida parroquial puede ser el primer elemento de la suspirada restauración social" (10 julio 1921).

\* \* \*

Y llegamos al final... Durante unos minutos hemos hablado de la acción, intentando responder a la pregunta inicial: ¿qué podemos hacer? Cada uno mejor que nadie conoce sus circunstancias personales y sabe en qué puesto puede encuadrarse dentro de esta estrategia general, cuyas líneas maestras he tratado de esbozar. Ahora sólo queda actuar venciendo la pereza que es nuestro mal endémico. Lo advirtió Pemán con su verbo elocuente hace ya muchos años (Radio Nacional 2 de mayo de 1937): "Somos un pueblo arrebatado y extremista, en el que se encuentra un héroe para un 2 de mayo, pero

en el que no se encuentra siempre el hombre normal y medio que hace falta para el tres, para el cuatro, para el cinco, para toda esa sucesión de días grises, que forman la vida ordinaria, en los que no se puede vivir de las virtudes estridentes del heroísmo, sino que hay que vivir de esas otras virtudes menores, de la disciplina, de la obediencia, de la abnegación. Nuestro peligro está en la propia dejadez olvidadiza que puede desvirtuar cada victoria”.

Seamos pues, hombres de principios y de acción y devolveremos a nuestra Patria el sentido católico y evangelizador exponente máximo de hispanidad, síntesis de su pasada grandeza y cifra de sus hazañas y sus glorias inmortales.

Si somos hombres de acción, nos uniremos.

Si somos hombres de acción, no censuraremos la actuación de los demás.

Si somos hombres de acción, tendremos realismo y unidad de pensamiento.

Si somos hombres de acción, contribuiremos generosamente con nuestro dinero.

Si somos hombres de acción, lucharemos dentro de una plan.

Si somos hombres de acción, seremos racionalmente optimistas porque Dios bendice, no los lamentos y las tertulias, sino los sacrificios y los trabajos.

Y en fin, cuando trabajemos habrá directores, la gran necesidad del mundo, porque donde no hay acción ni hay directores ni hay vocaciones para nada.

El que busque la solución en otra parte, a lo más logrará un triunfo efímero y transitorio, lo que dure un Dictador, que puede ser lo que tarde en ser encañonado por una “parabellum” cualquiera.

No nos engañemos poniendo la esperanza en otra cosa, aunque se ponga en un gran caudillo, o en una gran inteligencia, o en un gran Rey o Presidente de República, o en un gran estadista, y, lo que es más, incluso en un gran santo.

Porque aunque sea un gran santo el conductor de un pueblo, si no hace el milagro de que sus conciudadanos sean cumplidores de sus deberes religiosos, sociales y políticos, la sociedad, que es árbitra de sí misma, se regirá mal y perecerá sin remisión.

Por eso, solo formando minorías de hombres de principios y de acción, que vivan la fe en toda su integridad y opongan sin cesar, con su lenguaje y su conducta, el más rotundo y enérgico mentís contra cada nuevo paso de la Revolución, es como podremos actuar con garantía de eficacia.

Tenemos que desechar la mentalidad fetichista, la preocupación del número improvisado y ficticio; no es el número, es la calidad, la selección, lo que de momento interesa. La otra táctica, el viejo esquema del liberalismo, puede proporcionar éxitos espectaculares, pero efímeros, sin consistencia. Hay que saber sembrar —Speiro significa “sembrar”— y saber esperar sin impacencias la hora normal de la recolección. Quizás no seamos nosotros los que recojamos los frutos, pero de seguro serán maduros y duraderos porque con nuestra tenacidad habremos construido la casa sobre roca de granito. Quizás nos haya tocado ser el olvidado siglo cuarto de nuestra Reconquista, oscuro y anónimo tal vez, pero sin el que la gesta de Peñalayo hubiera sido estéril y la alegría final de Granada un sueño irrealizable.

El lema carlista “ante Dios no serás héroe anónimo” vale también para la paz.

¡Que el Sagrado Corazón de Jesús, grabado en los estandartes por los que combatimos, nos ayude por la intercesión de la Virgen del Pilar, a trabajar sin descanso, a luchar sin miedo a que nos hieran y a no buscar más recompensa que saber que hacemos su santa voluntad!

Muchas gracias